

TRIBUNA

**EPISTEMOLOGIA Y ARQUEOLOGIA.
DE LA URGENCIA POR PERDER LA INOCENCIA**Diego Salazar S.¹ y Carolina Jiménez C.²

Históricamente, la arqueología chilena se ha mostrado poco motivada por la discusión epistemológica, lo cual se evidencia claramente al considerar que nunca ha habido una mesa redonda o foro en los Congresos Nacionales dedicado a estos temas, y que las publicaciones de colegas acerca de una epistemología arqueológica son prácticamente igual a cero.³ De hecho, por lo general la epistemología es considerada tangencial o irrelevante, un terreno de responsabilidad de filósofos, alejado de las preocupaciones de una arqueología científica.

El hecho de que en nuestro país la disciplina se haya desarrollado considerablemente en diversos ámbitos prescindiendo de la reflexión acerca de materias filosóficas y epistemológicas, parece avalar la opinión generalizada que tenemos acerca de esta rama del saber. Por otra parte, es un hecho que si nos encerramos exclusivamente en una discusión acerca de estos temas la praxis arqueológica se empantana, coartando la posibilidad de seguir aumentando el conocimiento que tenemos acerca de la realidad social y cultural prehispanica de nuestro territorio.

Aún así, existen ciertas instancias en el desarrollo de una disciplina --y esto en especial en las ciencias humanas-- que exigen una reflexión o una revisión epistemológica. Estas instancias constituyen, a juicio de Clarke (1973), verdaderos umbrales dentro de un proceso continuo de pérdida de inocencia de una disciplina que la lleva desde una etapa consciente hacia una etapa de auto-consciencia crítica. Después de todo, y esto es sumamente relevante, debemos admitir que la epistemología, sea implícita o explícitamente, es uno de los fundamentos básicos del quehacer científico, incluida la arqueología, y que en nuestras investigaciones solemos dar por sentadas ciertas nociones y premisas básicas de naturaleza filosófica y epistemológica. En este sentido, estamos de acuerdo con Clarke (1973) cuando señala que la inocencia de una disciplina que surge como una mera praxis se va superando en la medida en que ésta se comienza a cuestionar su estructura interna y sus fundamentos filosóficos, metafísicos, epistemológicos y teóricos.

Creemos que la arqueología chilena se encuentra en un momento en el cual es importante detenerse a reflexionar acerca de estos fundamentos epistemológicos. A través de la presente nota quisiéramos llamar la atención sobre la necesidad de incorporar estos temas al debate de manera de consolidar una disciplina madura con proyección hacia el futuro.

Es importante que evaluemos las virtudes y limitaciones del paradigma positivista o empirista lógico ya que es éste el que enmarca gran parte de la producción de nuestra arqueología, y porque en general, lo hemos aplicado sin una previa reflexión crítica. Más aún, nos parece necesario asumir la crisis de sus supuestos esenciales, pues son estos supuestos la base de nuestra propia manera de hacer arqueología. Por otro lado, también reconocemos la necesidad de estar conscientes a las alternativas al paradigma positivista que ha ofrecido la arqueología postprocesual, especialmente en Europa.

Sin embargo, el eventual abandono de una posición positivista en arqueología no significa arrojarnos necesariamente a un relativismo extremo o a una filosofía del "todo vale" en la interpretación del registro arqueológico.

Precisamente, la pregunta central que nos motiva a escribir estas líneas es la de: ¿cómo poder realizar una arqueología científica y justificar nuestra posición respecto del pasado prehispanico de la nación, si las nociones de verdad y objetividad sobre las que nos basamos se encuentran en gran parte obsoletas? Quisiéramos proponer que existen diversas posibilidades ubicadas a medio camino entre un cientificismo estrecho y un relativismo que quisiera convertir a la arqueología en narrativa, ficción o artesanía.

La crisis del modelo positivista

La epistemología no constituyó un tópico de interés para la arqueología sino hasta el surgimiento de la denominada Nueva Arqueología durante la década del '60 en Estados Unidos, la cual trajo consigo una reevaluación sistemática de la praxis arqueológica, sus procedimientos metodológicos y sus fundamentos filosóficos y teóricos. Si bien las primeras contribuciones de Binford (1962, 1964), y aquellos trabajos que significan un antecedente directo para esta corriente (e.g. la arqueología conjuntiva de Taylor, la arqueología de los asentamientos de Willey), se preocuparon esencialmente de teoría y metodología, hacia mediados de la década del sesenta, el propio Binford comenzó a percatarse de las implicancias epistemológicas que conlleva la utilización de conceptos como explicación, hipótesis, modelo, analogía etnográfica y verificación, entre otros.

La presentación de un verdadero modelo epistemológico comienza a realizarse a partir de 1968, con la publicación del artículo "Archaeological perspectives" y especialmente con "Some comments on historical versus processual archaeology" de Binford que recoge en estos trabajos los postulados esenciales de la filosofía de la ciencia de Carl Hempel y Ernest Nagel, ambos defensores del paradigma empirista lógico, una segunda generación de intelectuales vinculados a la escuela positivista. De esta forma, la propuesta epistemológica de Binford se inicia con un declarado intento por aplicar el canon de racionalidad de las ciencias naturales (método científico) a la arqueología, con el objeto de reemplazar "[las] proposiciones inadecuadas [de la Arqueología Tradicional] por leyes que sean validadas en el contexto de la epistemología de la ciencia, de manera que podamos obtener un conocimiento preciso del pasado" (BINFORD 1968: 121; la traducción es nuestra).

Estas proposiciones alcanzarían una enorme popularidad en la arqueología principalmente durante la década del '70, incluso en nuestro país, configurándose en fundamento indiscutible de una arqueología científica y legitimando de esta manera un discurso de dominación y exclusión de otras alternativas epistemológicas. Este éxito puede ser atribuido a diversos factores, entre los que Clarke (1973) destaca a las grandes revoluciones técnicas, teóricas y sociales de posguerra en la arqueología de los países industrializados. Pero quizás lo que más llama la atención es el hecho de que justamente cuando en 1970 el programa positivista comenzaba a ser adoptado con gran fanatismo en arqueología, éste era altamente cuestionado en la mayoría de las disciplinas científicas, incluidos algunos reductos dentro de las propias ciencias naturales.

Desde sus inicios el programa epistemológico positivista había sido criticado duramente desde diversas perspectivas, las cuales abarcaban tanto sus fundamentos empíricos (interpretación de Copenhague, teoría de la relatividad y física cuántica, y posteriormente teoría del caos, teoría de los sistemas complejos y biología de la percepción, entre otros), como lógicos (crítica popperiana al concepto de verificación) y filosóficos (Kuhn, Feyerabend, Teoría crítica, fenomenología, etc.). De hecho, a finales de la década del '70 el propio Binford comienza a reconocer las falencias de la aplicación que sus discípulos hicieron del paradigma positivista en arqueología (p.e. WATSON *et al.* 1972), llegando a criticar en cierto modo, el supuesto de que existe un mundo de hechos empíricos independientes del observador contra el cual se puedan testear las hipótesis acerca del pasado cultural. Así, la crítica al modelo positivista no sólo se hacía sentir en los círculos externos al paradigma sino que también se alzaba en su interior (como la crítica de Popper). Esto no hace más que poner en evidencia la falibilidad del modelo positivista, lo que ha llevado a que, progresivamente y cada vez con mayor fuerza, su inicial hegemonía sea cuestionada por diversos sectores de la ciencia.

Desde esta perspectiva, parece sugerente explorar la posibilidad de que la gran popularidad del modelo positivista en la arqueología occidental se explique también por factores históricos (presencia de intelectuales del Círculo de Viena en EE.UU. entre 1940-1950; situación política de EE.UU. durante las décadas de posguerra) y sociales (interés de acceder a los fondos de la National Science Foundation; deseo de legitimar la posición de la arqueología como disciplina frente a otras ciencias y frente a la opinión pública), entre otros. Además, no debemos dejar de constatar que los presupuestos centrales del programa positivista lógico siguen siendo coherentes con una "cultura" urbana occidental.

Sea como fuere, las propuestas teóricas y epistemológicas de la Nueva Arqueología fueron recibidas con gran optimismo durante la década del '70. De hecho, en su ya citado artículo de 1973, Clarke señala que el surgimiento de la Nueva Arqueología representó una etapa de autoconsciencia crítica de la disciplina, la cual dejaba atrás una etapa de inocencia e ingenuidad que caracterizó a nuestra actividad durante las décadas previas.

A nuestro juicio, Clarke estaba en lo correcto cuando destacaba la naturaleza autorreflexiva de la Nueva Arqueología, que sin duda sigue contribuyendo a generar un conocimiento sistemático de ciertos aspectos de la prehistoria de la humanidad. Sin embargo, no nos parece que con ello hayamos alcanzado finalmente una etapa de madurez disciplinaria. Para ello sostenemos que es necesario llevar un paso más allá la reflexión epistemológica, de manera de trascender el programa positivista.

Perspectivas para la arqueología chilena

Como ya hemos señalado, la arqueología en nuestro país se ha desarrollado en base a una relativa indiferencia a las discusiones y debates epistemológicos generados por la Nueva Arqueología primero y, últimamente, por las corrientes postprocesuales. Pese a ello, parece incuestionable que el fundamento filosófico de la ciencia arqueológica en Chile ha sido y sigue siendo de naturaleza positivista. Si bien los presupuestos raramente son explicitados o discutidos, la enorme mayoría de publicaciones que se generan en relación a la prehistoria nacional utilizan una terminología, un método y un bagaje conceptual característicamente positivista. Y, tal como lo hace notar el propio Clarke (1973), los conceptos que un arqueólogo utiliza ya sea implícita o explícitamente, lo comprometen inmediatamente con una posición metafísica, restringiéndolo a ciertos paradigmas, al uso de determinadas metodologías, y lo llevan a plantearse cierto tipo de interrogantes y a aceptar algunas explicaciones a expensas de otras como respuesta a sus preguntas. En este contexto, la adopción de un programa filosófico para fundamentar la praxis arqueológica, aun cuando se haga irreflexivamente, determina una forma particular de hacer arqueología. En nuestro medio, esta forma positivista es indiscutiblemente hegemónica y dominante sobre otras posibilidades discursivas. Sin ir más lejos, nos parece indudable que existe una concepción compartida por nuestra comunidad de que una investigación que sigue las directrices del modelo positivista goza de un estatus de validez mayor en comparación con estudios amparados en una lógica no positivista. Esto es sumamente interesante por cuanto sugiere que no son los datos los que en primera instancia validan las interpretaciones, sino más bien la adscripción o no a un método socialmente aprobado. Sin embargo, como ya hemos señalado, el modelo al que intentamos adscribirnos de manera de que nuestras interpretaciones sean socialmente válidas, se encuentra bastante desprestigiado desde un punto de vista empírico, lógico y filosófico, de manera que no garantiza la certeza de nuestras aproximaciones al pasado.

Principalmente en Europa se han propuesto una serie de alternativas epistemológicas y filosóficas con el objeto de superar las limitaciones más evidentes del programa positivista en arqueología. En particular, se ha puesto de manifiesto la relativa interdependencia entre teoría y dato, de tal manera que estos últimos no tienen la capacidad intrínseca de verificar o falsear las interpretaciones (como ya hemos comentado, el propio Binford ha reconocido desde hace bastantes años que gran parte de las observaciones arqueológicas no son neutrales y objetivas, sino que llevan incorporado necesariamente un componente de teoría). Por otro lado, ya es de común

acuerdo que un mismo cuerpo de datos puede sostener simultáneamente más de una interpretación, de tal manera que, a fin de cuentas, son las nociones básicas del paradigma positivista --la independencia del sujeto respecto del objeto, la verificación de los enunciados y la objetividad-- las que han sido puestas en tela de juicio.

Es por todo esto que estamos sugiriendo que la arqueología chilena alcanzará una verdadera madurez en la medida de que asumamos la falibilidad del método positivista, y que aceptemos que ni las técnicas estadísticas más sofisticadas ni los análisis físicos o químicos más adelantados pueden garantizar la validez de una sola interpretación. Por otra parte, sabemos perfectamente como arqueólogos que en la práctica el método no se aplica tan fácilmente, y que siempre en el proceso de investigación ocurre una instancia de interpretación en la cual tratamos de explicar la materialidad observable del pasado aludiendo a fenómenos y procesos inobservables. Más aún, para la mayoría de los arqueólogos nuestra disciplina persigue la explicación y comprensión de la dinámica cultural del pasado - contexto sistémico de Schiffer - a través del estudio de la dimensión estática del registro arqueológico. Lo interesante es que el contexto sistémico nunca será directamente observable para el arqueólogo, y curiosamente el programa positivista rechaza como metafísico todo intento de explicar o conocer lo no observable, lo no cuantificable. No resulta difícil reconocer que patrones de asentamiento, técnicas de caza, adaptación, estrategias de subsistencia, organización social, movilidad, etc., son todos fenómenos tan observables arqueológicamente como son los sistemas simbólicos, los ritos, las ideologías y la religión. La diferencia radica simplemente en que para los primeros ejemplos contamos aparentemente con cuerpos teóricos más sólidos que vinculan estática y dinámica. Sin embargo, todo es cuestión del desarrollo de la Teoría, ya que el estatus epistemológico de las orientaciones "materialistas" e "idealistas" es, desde esta perspectiva, prácticamente idéntico.

Desde esta perspectiva, parece contradictoria la adopción de un programa positivista con el interés de explicar (¡e incluso "predecir"!) lo no observable. Es por ello que consideramos que las razones de la popularidad del método positivista en la arqueología chilena son más sociales e históricas que filosóficas, epistemológicas o científicas. Muchos de nosotros, sin ir más lejos, deberemos admitir que en más de alguna oportunidad hemos elaborado nuestras hipótesis una vez concluida la investigación, o que la metodología de las publicaciones resulta más rigurosa que la que realmente se llevó a cabo, etc. En fin, que nos rodeamos en nuestras presentaciones y publicaciones de un aura de positivismo, el cual cumple ante todo propósitos de naturaleza social y no científicos. Después de todo, decir que lo que no es positivista no es científico y que si abandonamos el positivismo se nos vendrá el ultrarrelativismo, suena más a campaña política de derecha que a un argumento científico o filosóficamente coherente.

En efecto, abandonar los marcos impuestos por el programa positivista no significa abortar el compromiso con los datos empíricos, ni abrirle el camino a la posibilidad de convertir a la arqueología en narrativa, teatro o artesanía como parecen procurar algunos partidarios de la arqueología postmoderna (TILLEY 1989, SHANKS y TILLEY 1987).

Ahora bien, nuestra impresión es que el programa positivista resulta interesante para resolver determinadas interrogantes que nos planteamos como arqueólogos. Después de todo, también es cierto que existe un cierto grupo de datos y observaciones producidas por la ciencia positivista que se mantienen incuestionables en las ciencias naturales, incluso a pesar de cambios de paradigmas. De manera que no queremos decir con este artículo que todo el positivismo debe ser echado por la borda. Creemos que, en aquellos problemas más vinculados a la relación tecnología-medioambiente o a las propiedades físicas y biológicas de los materiales arqueológicos y su contexto depositacional, por ejemplo, parece más razonable adoptar marcos teóricos de corte materialista insertos en una racionalidad y una metodología positivista. Sin embargo, nos interesa llamar la atención sobre la hegemonía "ideológica" que ejerce el positivismo, en el sentido de forzarnos a aparentar algo que como disciplina no somos, y que por sobre todo limita las posibilidades de buscar vías de interpretación y análisis alternativas al modelo dominante, por ser tácitamente excluidas de lo "verdadero", lo "científico" o lo "real".

Creemos que es importante que la arqueología chilena enfrente su situación epistemológica y filosófica, sobre todo al encarar a los conflictos sociales que se le avecinan: en especial la relación con sociedades indígenas que probablemente reclamarán sus derechos para investigar e interpretar su propio pasado, o la necesidad de justificar frente a organismos estatales cada vez más esquivos, o eventualmente frente a la empresa privada, la validez de las inferencias y el conocimiento generado por los arqueólogos. En última instancia, justificar frente a la sociedad nacional nuestra actividad y la utilización de fondos estatales y privados para desarrollarla.

La consolidación y madurez de la disciplina no se alcanzará mientras sigamos escudándonos irreflexivamente en un modelo de ciencia discutible y limitado, sino en la medida en que nos atrevamos a buscar, más allá de él, las alternativas que tenemos para seguir haciendo una arqueología científica sin tener que caer en el ultrarrelativismo.

Por lo demás, ya es tiempo de que esta hegemonía ideológica del positivismo le abra camino a la posibilidad de plantearse otras interrogantes frente al registro arqueológico, las cuales trasciendan las limitaciones de lo material y lo funcional, en una palabra de lo tecnoeconómico, sin dejar por ello de ofrecer explicaciones plausibles (y posiblemente más completas) de los datos.

Es de común conocimiento que las ciencias sociales ofrecen una amplia gama de alternativas epistemológicas que la arqueología chilena debería comenzar a transitar de manera de consolidarse como disciplina científica. Entre ellas destacamos la hermenéutica en sus variadas acepciones, la teoría crítica, el realismo y la fenomenología, entre otras.

La "pérdida de la inocencia" significa a nuestro juicio una responsabilidad por seguir haciendo ciencia sin tener que decorar nuestras presentaciones con apariencia de objetividad y neutralidad. Nuestros escritos debieran integrar más al autor, de manera de hacerlos más cálidos, más humanos, y finalmente acercarnos más a la sociedad en la cual estamos insertos y de la cual nos hemos alejado ya demasiado. En cierto sentido, la arqueología como disciplina no se justifica si los conocimientos que genera permanecen enclaustrados en incomprensibles tratados o en discusiones altamente especializadas.

NOTAS

¹ Arqueólogo, Universidad de Chile.

² Licenciada en Arqueología, Universidad de Chile. Email c.j@entelchile.net

³ Podríamos mencionar algunos trabajos de Orellana (p.e. 1989; 1996), como una de las pocas excepciones y en menor medida la discusión de Gallardo (1983) en torno a la arqueología como una ciencia social. Asimismo, algunas investigaciones más recientes, fundamentadas sobre marcos teóricos "postprocesuales" (estructuralismo, neo-marxismo, simbolismo), tocan tangencialmente el tema epistemológico en arqueología (p.e. SANCHEZ en prensa; GALLARDO 1991, 1994; THOMAS 1977; THOMAS y MASSONE 1988; THOMAS *et al.* 1997; THOMAS y SALAZAR 1997).

REFERENCIAS

- BINFORD, L.R., 1962. Archaeology as anthropology. *American Antiquity* 28 (2): 217-225.
---- 1964. A consideration of archaeological research design. *American Antiquity* 29: 425-441.
---- 1968. Some comments on historical versus procesual archaeology. *Southwestern Journal of Anthropology* 24: 267-275.
CLARKE, D., 1973. Archaeology: the loss of innocence. *Antiquity* 47: 6-18.

- GALLARDO, F., 1983. Arqueología ¿una ciencia social? *Primeras Jornadas de Arqueología y Ciencia*. MNHN, Santiago.
- 1991. Basuras en el Cementerio: del documento al monumento. Memoria para optar al título de arqueólogo. U de Chile.
- 1994 Posmodernidad y Arqueología. *Boletín Sociedad Chilena de Arqueología* 18: 23-28.
- ORELLANA, M., 1989. Karl Popper y el estatuto de la científicidad de las ciencias sociales y de las ciencias históricas. *Revista de Estudios Sociales* 62: 185-201. Cuarto Trimestre, Santiago.
- 1996. *Historia de la Arqueología en Chile*. Bravo y Allende Eds., Santiago.
- SANCHEZ, R., en prensa. Mujeres y Hombres, Muerte y Vida. Simetría en Espejo y Cuatripartición. Una aproximación a la Cultura Aconcagua. Trabajo presentado a las *Segundas Jornadas de Arte y Arqueología*, Museo Chileno de Arte Precolombino, 1996.
- THOMAS, C., 1977. Revisión crítica de la arqueología chilena entre 1960 y 1970. Aspectos teóricos y metodológicos. Tesis de Licenciatura U. de Chile, Santiago.
- THOMAS, C., M. A. BENAVENTE, I. CARTAGENA y G. SERRACINO, 1997. Topater, un cementerio temprano: una aproximación simbólica. En: *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología*, Antofagasta.
- THOMAS, C. y C. MASSONE, 1988. La organización dual en la cultura San Pedro. *Paleoetnológica* 5: 87-107.
- THOMAS, C. y D. SALAZAR, 1997. Perspectivas teóricas para una arqueología interpretativa de la muerte. *Anales de la U. de Chile. Sexta Serie VI, Diciembre*: 113-132. Santiago.
- TILLEY, C., 1988. Archaeology as theatre. *Antiquity* 63: 275-280.
- SHANKS, M. y C. TILLEY, 1987. *Re-constructing archaeology. Theory and practice*. Cambridge University Press.
- WATSON, P.J., Ch. REDMAN y P. LE BLANC. 1972. *El método científico en arqueología*. España: Alianza Editorial.
- WYLIE, A., 1987. Matters of fact and matters of interest. En: *Archaeological approaches to cultural identity*, S. Shennan Ed., pp. 94-109. Londres: Unwin Hyman.